

El nombre de su madre era Rosa,
una mujer dulce y cariñosa.

El padre hombre rudo, huraño,
serio y siempre malhumorado.

El chico tenía doce años
y del padre muy pocas caricias.

Un día la mujer tropezó,
se cayó y el doloroso golpe
la dejó al borde del sin sentido.

En el suelo, arrodillado, el hombre
gemía “¡Rosina mi Rosina!”.

Al poco ella volvía en sí
y recobraba el conocimiento.

El trance ya iba remitiendo.

Al ceder el temblor de sus piernas
el chico recordó las palabras,
las extrañas palabras secretas,
nombres nuevos por él ignorados
que decían: “Rosina, Rosina”...

¿Un lenguaje a él prohibido?

Quizá un idioma que se escondía
en las prisiones de la ternura.